

# Kantaldi en Portobello

Con gran éxito artístico y de asistencia y algunos defectos de organización —por simple desbordamiento— los vascos que residimos en Inglaterra celebramos el pasado domingo, día 20, el festival especialmente preparado por quienes componen la asamblea permanente de Euskal Etxea de Londres, como primera etapa para la reestructuración y nueva potenciación del centro.

Entre 700 y 900 personas nos dimos cabida —como pudimos— en un salón de actos del distrito municipal de la zona de Portobello Road, el denominado Ackland Hall, teóricamente preparado para acoger un máximo de unas 500 entradas. Por problemas de fechas, de exiguo presupuesto y porque pocos eran los optimistas que soñaban con semejante convocatoria, los organizadores no pudieron tener acceso a un local más amplio y en mejores condiciones.

Hay que aclarar que además de una nutrida representación de los vascos que vivimos en Londres y otras ciudades de este país, fueron cerca de doscientas las personas que, procedentes de Euskadi, participaron en esta gran fiesta vasca, un festejo sin precedentes en la historia de los grupos de emigrantes de las distintas nacionalidades del estado español, en Gran Bretaña.

Muchos de los asistentes habían recorrido la misma mañana del domingo varias calles de las que rodean Hyde Park, en el mismo corazón de la capital británica, con exhibición de nuestra música y nuestras canciones populares, entre la curiosidad y simpatía de los viandantes poco habituados a escuchar en pleno Londres el sonido de chistus y tamboriles, así como a presenciar los colores de las ikurriñas.

La marcha transcurrió sin novedades de mención, con una concentración final dentro del famoso parque londinense,



Con Celaya explotó la emotividad

tras la exhibición de la txalaparta, que acompañaba a los expedicionarios de Euskadi. Un elegante y correcto cortejo de policías británicos acompañaron a los manifestantes de principio a fin del recorrido. No hubo incidentes...

## La aportación de los artistas

Poco después de las seis de

la tarde, el Ackland Hall presentaba ya un lleno hasta la bandera. Sin embargo, eran bien cumplidas las siete cuando todavía se producía el incesante flujo de personas que acudían con la esperanza de encontrar un hueco suficiente.

La organización agradeció la gran acogida brindada al festival, así como la inapreciable colaboración prestada por los artistas —Xabier Lete, Antton Valverde, Txalaparta, Mikel Laboa y Enrique Celaya— que se

embarcaron gustosos en la aventura de un viaje especial desde Euskadi, con el fin de ayudar con su presencia y sus interpretaciones a la consolidación de Euskal Etxea de Londres. Hubo también un saludo especial para todos aquellos que en autobuses y vuelos «charter» se decidieron a venir y pasar unas horas inolvidables con todos nosotros.

Abrieron el festejo el tandem Xabier Lete y Antton Valverde, quienes a pesar de la contrariedad de no disponer de un piano (otra de las pegas a achacar a la organización del festival), superaron a las mil maravillas los defectos coyunturales, entregando a un público incondicional una estudiada selección de su trabajo artístico. Por hacer alguna distinción de puro protocolo, ca-



Lete y Valverde al alimón

Tras la intervención de Txalaparta, con previa explicación somera de la génesis y características de este secular instrumento musical de nuestro pueblo (ni que decir tiene que los aplausos no cabían en el local cuando concluyó su actuación), la concurrencia se deleitó con las cosas que dice y hace y canta sobre un escenario ese fenomenal poeta del pueblo que es Mikel Laboa.

Desde HAIKA MUTIL hasta su GERNIKA, Mikel redondeó una de las mejores actuaciones que le hemos visto, interpretando un total de siete temas de su copiosa reserva musical. Tras el GERNIKA, con el que pretendía cerrar su presentación ante los vascos residentes en Gran Bretaña, Mikel fue obligado a doblar, cantando finalmente MAITE DITUT, ante el fervor de una audiencia que muy a gusto hubiera aguantado unas horas más de espectáculo.

## Y con Celaya, la explosión de emotividad

Enrique Celaya fue el principal responsable de que la emotividad almacenada tras las canciones de los tres poetas y las interpretaciones que él mismo hizo de varios temas clásicos de la tierra, estallara en una fiesta generalizada con participación, en directo, de todo el público. Nadie se movió —ni los «privilegiados» de los

asientos, ni quienes seguían el curso de los acontecimientos sentados en el suelo— en la primera parte de su repertorio, que abrió con el himno y temas seleccionados de Navarra; pero la masa se disparó en un brinco cuando la garra de su acordeón prodigiosa entró de lleno en los más sensibles tzortzikos, marchas, jotas y ariñ-ariñ, que levantaron materialmente a la gente de sus asientos.

A pesar del calor, a veces sofocante, de la sala —no funcionaron los extractores de humos ni tampoco el aire acondicionado prometido— y a pesar de que allí no había ni un alfiler más, Enrique Celaya, en un permanente baño de sudor, consiguió que muchos recordáramos en vivo el final feliz de cualquiera de las romerías que se celebran en Euskadi, o la marcha incomparable de las peñas de mozos de San Fermín, a la salida de los toros, en Pamplona.

Después de un descanso de casi tres cuartos de hora, en cuyo transcurso los asistentes dieron buena cuenta de la comida y la bebida pacientemente preparada por Euskal Etxea y que cubrió con creces las necesidades de todos, fue leído un comunicado en el que se convocaba para el domingo siguiente a todos los vascos residentes presentes a una asamblea general en la sede habitual del centro, con el fin de elaborar las bases de lo que deben ser la reestructuración y nuevo impulso que todos tratamos de dar a Euskal

Etxea; para que en adelante cumpla de la mejor forma posible su deber de cubrir las necesidades no sólo de los vascos que vivimos aquí, sino también las de aquellos que llegan de Euskadi y muchos de cuyos problemas podríamos muy bien solucionar entre todos.

El final de fiesta se improvisó sobre la marcha, con la actuación de varios chistularis que, acompañados por otros «instrumentistas» de recurso, se plegaron ininterrumpidamente a lo que exigía la mayoría.

Por último, se realizó una rifa, cuyos premios consistían en suscripciones a Punto y Hora de Euskalherria, Deia y Eguin, así como una botella de cognac francés y un lote de cintas magnetofónicas.

Después de abandonar el local —por necesidades de «procedimiento»— la juerga se trasladó a la sede de Euskal Etxea, donde se prolongó hasta bien entrada la madrugada del lunes. No obstante y antes de abandonar el Ackland Hall, el público fue invitado a



No faltó la txalaparta

entregar sus donativos voluntarios de solidaridad, en dos cajas instaladas en la puerta de salida, una para ayudar a la recuperación económica de esta revista Punto y Hora de Euskal Herria, tras el atentado terrorista sufrido, y otra para colaborar en el saneamiento

de las economías de Euskal Etxea de Londres.

## Un balance positivo

Por encima de los defectos de organización, antes señalados, y que estuvieron en función del reducido número de personas que pudieron participar en el montaje de este festival, las estrecheces económicas por las que atravesaba el centro, etc., la fiesta del 20 de noviembre adorna ya, para bien, la pequeña historia de Euskal Etxea de Londres. Porque consiguió coronar con éxito su principal objetivo, que era convocar al mayor número posible de los vascos residentes y hacerles pasar seis horas de buenos recuerdos y generosa camaradería.

Cabe esperar que se cumpla la otra meta de todo el proyecto: conseguir que aumente, cualitativa y cuantitativamente, la base que soporta y administra la continuidad de la existencia de Euskal Etxea de Londres, y que todos podemos estar satisfechos de contar con un centro vasco lo suficientemente eficaz como

para sentirnos orgullosos de su funcionamiento

Marcelino Martín Arrosagaray

Fotos: Carmentxu Albéniz